

Hilaire Belloc, el «Viejo Trueno»

CRISTIÁN ÁGUILA JORQUERA



Abogado y licenciado en Derecho por la Universidad de Chile.

24

Ni los enemigos acérrimos y anticatólicos que aún subsisten en los rescoldos ingleses pueden negar que Hilaire Belloc sea uno de los escritores más importantes e influyentes del siglo XX. Fruto del Renacimiento católico inglés, del cual el cardenal Newman fue su precursor, Hilaire fue el hijo más enrabiado de todos. Conoció al cardenal mientras estudiaba en Edgbaston, el colegio del Oratorio en la ciudad de Birmingham, recibiendo de sus manos *El sueño de Geroncio*, autografiado por él. Será testigo y parte de este nuevo Pentecostés anglosajón, que recibirá dentro de la fe a escritores de la talla de Gerard Manley Hopkins, Maurice Baring, R. H. Benson, Christopher Dawson, Ronald Knox, Evelyn Waugh, Muriel Spark, Alec Guinness y G. K. Chesterton, por mencionar algunos. Newman había logrado unir, invisible y atemporalmente, a una compañía de intelectuales en búsqueda de la verdad y de la belleza.

Podemos definir a Belloc como un peregrino –un peregrino de lo absoluto como Bloy–, un personaje inserto en diversos escenarios separados entre sí por una gran cantidad de kilómetros, que van desde Sussex, pasando por Jerusalén y hasta el Lejano Oeste. Hasta ya su avanzada edad, su espíritu vagabundo seguía siendo insistente e insaciable. Dos lugares reservan nuestra atención. Por una parte, sus viajes a California en búsqueda de su futura mujer, Elodie Hogan, con quien tendrá cinco hijos. Por otra, sus constantes peregrinaciones a Roma. Estos viajes dan origen a sus obras: *Los cuatro hombres*, *El viejo camino* y, por sobre todo, *Camino*

de Roma, que lo situó en la popularidad literaria en el año de su publicación, logrando vender más de trescientas mil copias, siendo considerada su mejor obra y, según propia confesión, «la única que escribió por amor».

Belloc, como inglés de padre francés y no francés de madre inglesa, será un admirador de Sussex y la cerveza inglesa, al extremo que H. G. Wells hablará de la «aureola alcohólica» que rodea tanto su cabeza como la de G. K. Chesterton. Hilaire es un hablador innato, un trueno en los salones literarios, en las infatigables conferencias que dará a lo largo de su vida, como en el Parlamento, del cual fuera miembro como representante del Partido Liberal en la Cámara de los Comunes. En contra de las posturas político-partidistas, Belloc promoverá dos leyes plenamente actuales. La primera es la defensa de la libertad de los padres de educar a sus hijos, votando en contra de la Ley de Educación de 1906. La segunda, en 1908, en la que propondrá una auditoría pública de los fondos de los partidos, afirmando que «cuando un gobierno se comporta de forma insensata, especialmente un gobierno liberal, uno puede estar seguro de que se debe a la presión de uno de los grandes donantes». El amor a su patria encontraba obstáculos a diario en la política contingente, al punto de admitir que «creo que tiene poco sentido estar en la Cámara de los Comunes, excepto para dar publicidad a mi obra. La Cámara no gobierna y ni siquiera discute. Es completamente irrelevante».

Su amistad con Chesterton guarda sus propios capítulos, irresumibles en este puñado de letras. El monstruo «Chester-Belloc», como lo denominó Bernard Shaw, dejaba estragos en la intelectualidad inglesa, como un «elefante de ficción muy gracioso». A estos amigos no solo los unió la literatura, el cristianismo y la cerveza, sino también el distributismo, del cual Belloc fue el misionero, mientras que Chesterton y otros, sus discípulos.

Como viajero sediento que seguía adelante tenaz y dogmáticamente por un desierto espiritual, Belloc fue presa de una constante melancolía que junto con las estrecheces económicas por las que tuvo que atravesar le sirvieron como motor para escribir numerosos libros, llegando a producir tres a cuatro títulos en un año calendario, sin contar las incesantes publicaciones en la prensa escrita de la época. Las más conocidas en castellano son las que tratan a los personajes reformados, y que son de la etapa final de su producción literaria, y responden a los esfuerzos de Belloc por contrarrestar y corregir la historia «oficial» de Inglaterra, convirtiéndose en una cruzada personal contra la falsedad, real o supuesta.

Uno de los numerosos libros que escribió –que lamentablemente es más desconocido entre nosotros que sus «biografías»– es *Sobrevivientes y recién llegados* (1929). Su argumento es muy sencillo: (1) La religión está en la raíz de cualquier cultura, y la constitución de cualquier sociedad depende últimamente de su filosofía, de su modo de ver el universo, de su juicio de valores morales; (2) La civilización europea es hija de la religión cristiana. La suerte de su civilización va unida a ella; (3) La Iglesia siempre ha tenido enemigos internos y externos; (4) Los ataques de sus enemigos son más viejos que el hilo negro; (5) Hay cinco sobrevivientes entre los atacantes, que perduran revestidos con otros nombres, y que provienen de los análisis racionalistas de la Biblia, del materialismo, de la riqueza y el poder, de la historia y la ciencia; (6) Hay otros que son unos recién llegados, el nacionalismo, el anticlericalismo y la mentalidad moderna.



Estos advenedizos se mezclan entre sí, a veces son internos y otras, externos. A veces, como internos (como católicos), buscan sustraer la original voz del catolicismo de la política y de la sociedad.

Así lo llamaban en su adolescencia: el «Viejo Trueno». Irascente y melancólico. Luminoso y peligroso. Y tan actual como ayer. [®]